

En un mundo de hombres,  
ella va a marcar la diferencia...



*la ley* de la  
**Ventaja**

Arlette Geneve



Arlette Geneve



[www.alentiaeditorial.com](http://www.alentiaeditorial.com)  
[www.facebook.com/AlentiaEditorial](https://www.facebook.com/AlentiaEditorial)  
[twitter.com/alentiaed](https://twitter.com/alentiaed)

*El fútbol es la única religión que no tiene ateos.*  
*Anónimo*

*Dedicado a Raúl Hinojosa.*

# CAPÍTULO 1

*Ciudad de Nueva York, mayo de 2017*

Alice trataba de contener el temblor de sus manos. Por suerte, Kevin había cerrado la puerta del despacho, y nadie podía escuchar las palabras amargas que le decía y que mostraban de forma clara su derrota a nivel personal.

Sentía un pitido en los oídos. Las pulsaciones del corazón en la garganta. Le oía hablar pero era incapaz de entender lo que le decían. Una sola frase de todas las que le había dicho le martilleaba en el cerebro: se terminó.

¡La dejaba! ¿Por qué? ¿Qué había sucedido? ¿En qué momento la historia de amor entre ambos se había desgajado? ¿Qué iba a suceder con la empresa de los dos? Juntos habían creado Charm, la revista de actualidad para el sector masculino. Su éxito era imparable. Habían hecho planes para dar el salto internacional...

—¿Me estás escuchando, Alice?

Lo escuchaba, pero no quería hacerlo. Agarró con fuerza el canto del tablero de la mesa hasta que se le pusieron los nudillos blancos. Giró la cabeza hacia la izquierda, hacia la pared de cristal que le mostraba la amplitud de la sala de redacción que estaba justo al otro lado. Veía al ayudante de redactor jefe, al fotógrafo, al ilustrador, y al resto de trabajadores que estaban inmersos en el nuevo número que saldría al día siguiente, y dio gracias en silencio de que ninguno pudiera escuchar la despedida de Kevin: el hombre al que le había entregado más de cinco años de sí misma.

Con veinticuatro años había finalizado sus estudios de periodismo. Durante los dos siguientes había trabajado como corresponsal para un periódico estatal, pero ella quería otro tipo de trabajo, por eso cuando se enteró que la revista Muscle buscaba un redactor, se presentó de inmediato. Kevin Redford era el propietario y el hombre que la contrató gracias a su impecable currículum universitario. Alice era consciente de las carencias que tenían los hombres en

cuanto a revistas de actualidad pensadas en exclusiva para ellos. El universo femenino tenía cientos: Vogue, Elle, Vanity Fair, etc. Y ella había querido cambiar eso. Había puesto todas sus ideas y energías en Charm, la revista mensual para hombres que se enfocaba en la moda, el estilo y la cultura masculina. Con artículos sobre comida, cine, salud, sexo, música, viajes, deportes, tecnología y literatura. Se había hecho un hueco importante en un sector olvidado. Habían logrado una suscripción media de 3.991.724 ejemplares...

—Lo siento —se disculpó él.

¿¡Lo sentía!? ¿Cómo podía tirar cinco años de vida en común con un chasquido de dedos?

—Kevin... —logró decir, pero tuvo que callar.

El nudo en su garganta era demasiado grande para hablar con normalidad.

Kevin Redford era un hombre maduro que se había divorciado tres veces. Era culto, interesante, de complexión delgada y muy rico. Tenía el pelo casi gris, y los ojos más fríos que había visto nunca.

—Gracias por no hacer un espectáculo —le dijo el otro.

Alice podría reírse si la situación no fuese tan hiriente para ella. ¿Cómo podría montar un espectáculo si apenas podía moverse ni articular palabra?

—Kevin... —tuvo que carraspear para aclararse la voz.

—Siempre he admirado ese férreo control que despliegas sobre tus sentimientos —le dijo él—. La forma serena y madura en la que te tomas los asuntos aunque sean desagradables.

—¿Hay otra? —inquirió al fin con ojos brillantes de aprensión.

El hombre maduro bajó los ojos y metió las manos en los bolsillos. Se apoyó en la librería y suspiró.

Alice cerró los ojos porque no necesitaba una confirmación de voz cuando su rostro culpable resultaba fulminante. ¿Qué podía esperar de él? Antes de conocerlo y enamorarse sabía lo mujeriego que era. Tres divorcios a sus espaldas eran una carta de presentación muy elocuente, y eso sin mencionar los continuos escarceos y ligues de una sola no-

che que habían nutrido sus años de correrías. Pero ella creía que había cambiado. Que su amor lo había encauzado hacia la monogamia.

—Ya me conoces —fue su escueta respuesta.

Claro que lo conocía, pero se había engañado creyendo que la quería lo suficiente para cambiar por ella. Para amarla únicamente a ella.

—¿La conozco?

Kevin la miró de frente e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Lo lamento —volvió a excusarse.

Alice sentía enormes deseos de llorar, pero no lo haría delante de todos. Se tragaría su rabia y su impotencia hasta que hubiera terminado la jornada de trabajo.

—Ha sido todo un detalle que me lo dijeras aquí en presencia de todos en lugar de en nuestro hogar en completa intimidad —le reprochó—. ¿Temías una escena en casa?

Kevin soltó un suspiro largo y cansado.

—Ya no regresaré —le informó—. Esta mañana ordené que recogieran todas mis pertenencias mientras estabas aquí.

Alice estaba a punto de caerse al suelo. Se habían despertado abrazados. Había compartido desayuno, lo había besado mientras él pensaba en recoger sus cosas y largarse.

—Eres un cabrón —le espetó de pronto aunque en voz baja.

—Fue bonito mientras duró, Alice. —Ella cerró los ojos para no verlo—. Centrémonos en lo bueno que nos llevamos el uno del otro.

—¿Qué pasará con Charm? —quiso saber.

Él no le respondió de inmediato, se tomó su tiempo para hacerlo.

—Tómame unos días de descanso y después hablaremos sobre ello.

—¡No! —protestó ella—. Deseo saberlo ahora.

—Puedes venderme tu parte.

—Ni hablar.

—Puedes comprarme la mía.

Estuvo a punto de soltar una carcajada histérica. Ella no disponía de dinero suficiente para comprar la parte de él y el muy necio lo sabía.

—¿Me harás un precio especial? —le preguntó sarcástica.

—Soy el socio mayoritario en esta empresa —le recordó.

—Lo sé —admitió ella—. Pero no puedo comprar tu parte ni pienso venderte la mía.

—Alice, tómate unos días de descanso —le sugirió—. Cuando regreses, hablaremos sobre este tema.

—No puedo irme —le recordó—. La revista está a punto de salir.

—La revista saldrá mañana —apuntó él—, y puedes tomarte unos días de descanso hasta que se comience a perfilar los artículos finales de la segunda.

Alice respiró profundamente varias veces. Los artículos generales de las próximas cuatro revistas ya estaban perfilados. Únicamente se dejaban para el final los de rabiosa actualidad. Podría marcharse un mes entero de vacaciones porque no sería necesaria salvo para lo mínimo imprescindible. Alice se había rodeado de un elenco de profesionales muy competentes. La revista gozaba del trabajo de los más reconocidos y renombrados escritores, fotógrafos, diseñadores e ilustradores del país.

—Hazme caso —continuó él—. Tómate unos días de descanso y luego hablaremos.

Kevin salió por la puerta sin despedirse.

\*\*\*

Alice no levantaba cabeza.

Había aceptado el consejo y se había tomado unos días de descanso porque era incapaz de presentarse en el trabajo sin montar una escena. El tiempo que se había tomado para descansar estaba perdido y desperdiciado porque lo había utilizado nada más para compadecerse. No había salido de la cama desde el momento que regresó del trabajo hecha polvo por la decisión arbitraria que había ejecutado él de abandonarla. No había atendido ninguna llamada de teléfono porque había estado las veinticuatro horas

llamándolo para que recapacitara y le explicará los motivos. Había perdido el apetito. Las ganas de luchar, y el gusto por el trabajo. Había gastado ingente cantidad de pañuelos de papel llorando como una tonta por algo que ya no tenía remedio. De nada habían servido sus ruegos, sus súplicas. Kevin tenía a otra y ella no podía hacer nada salvo resignarse, pero no quería hacerlo. Le había dado cinco años de su vida. Lo había tratado como el hombre especial que creía que era, y todo para descubrir que nunca la había amado de verdad. Que había sido un pasatiempo más en su variada agenda sexual.

Lo maldijo una y otra vez, pero el dolor seguía ahí, mordiéndole el orgullo.

De la desdicha pasó a la furia cuando él dejó de atender sus llamadas. De ignorar la ingente cantidad de mensajes de correo electrónico que le enviaba y de los que no obtenía respuesta alguna. Kevin la bloqueó en el wassap, y en todas las redes que antes habían compartido.

La dejaba definitivamente y se lo hacía saber de la forma más dura.

El quinto día de su encierro amaneció lloviendo. Seguía en el apartamento de la quinta avenida sin querer salir. Sin atender las llamadas de teléfono de sus amigas, de sus familiares. Su madre estaba en verdad preocupada porque ella no le había dicho nada de la ruptura sentimental por la que estaba pasando. Pero ese quinto día una noticia cambió por completo su forma de actuar. Había visto en las noticias la foto de Kevin con una guapa modelo que tiraba de espaldas. Alta, voluptuosa, rubia y de pelo largo y sedoso. Con grandes pechos y redondeadas caderas. Vio la foto de Kevin con ella y lo maldijo. Su orgullo femenino resurgió de las cenizas de la autocompasión donde estaba encerrado, y le insufló fuerzas para destrozar todos y cada uno de los regalos que él le había hecho, y que adornaban algunos rincones del elegante apartamento. Cuando iba a estrellar en el suelo la delicada figura de porcelana que le había obsequiado por su último cumpleaños, sonó con insistencia el timbre de la puerta.

Alice estaba ojerosa, despeinada. Seguía en pijama y con la furia alimentando cada poro de su cuerpo.

—Alice, sé que estás ahí. —Era su madre la que tocaba el timbre y además golpeaba la puerta—. Me ha dicho Clare que dejaste de trabajar el viernes y que ya no regresaste a la oficina el lunes.

Respiró hondo y contempló el resultado de su furia. El espacioso apartamento estaba hecho un desastre. No había recogido nada desde hacía cinco días. Resignada se dirigió hacia la puerta de entrada, quitó la llave y corrió el pestillo. Su madre al verla lanzó una exclamación ahogada.

—¡Oh, Dios mío! —se llevó una mano a la boca mientras entraba al vestíbulo—. ¿Qué te ha pasado?

Alice cerró la puerta con un golpe seco. Precedió a su madre al interior del salón.

—Ponte cómoda —le dijo mientras ella se lanzaba al sillón con desgana y subía los pies al mismo.

—Estoy preocupada por ti —le dijo—. Todos estamos muy preocupados.

Alice cerró los ojos un instante.

—No me hables en español —le ordenó—. Sabes que no me gusta.

La madre se encogió ante la crítica.

—Cuéntame qué ha sucedido —pidió en voz baja obediéndola—. Clare me ha dicho que llevas cinco días sin acudir al trabajo.

—Estoy de vacaciones —fue su anárquica respuesta.

Paz Silva observó la estancia con mirada preocupada. Había ropa por doquier. Porcelana rota. Cristales hechos añicos. Todo estaba tan desordenado y sucio como su hija. Su estado de abandono desató todas las alarmas dentro de su cabeza.

—No me trates como a una estúpida porque no lo soy —le respondió severa.

Alice no quería contarle a su madre su fracaso personal. Todavía tenía que digerir la noticia del abandono de Kevin.

—Claro que no eres estúpida pero sí entrometida.

—Eres mi hija y me preocupo por ti.

—Te quiero mamá —le dijo de pronto—, pero no quiero hablar sobre mis errores.

Paz la observó de forma detenida, y sin que ella se lo dijera supo lo que había sucedido.

—Te ha dejado.

Alice al escucharla rompió a llorar. Seguía llena de ira, de frustración. Sentía rabia, impotencia y unas ansias de vengarse que aumentaban a cada minuto. Paz se levantó y corrió hacia ella. La abrazó por los hombros y Alice lloró todavía más.

—Lo lamento mucho cariño...

No la dejó terminar.

—No me digas *ya te lo dije* —le espetó amargamente.

—No pensaba hacerlo —respondió la otra con suavidad.

Ambas mujeres siguieron abrazadas durante largo tiempo. Cuando Alice se tranquilizó lo suficiente le relató a su madre la ruptura dolorosa que había sufrido. Paz la miraba sin interrumpirla. Permitted que se desahogará. Que sacara toda esa frustración que la tenía en jaque. La escuchó y la compadeció a la vez.

—¡Me ha dejado por otra, mamá! —exclamó con dolor.

—Suele suceder con hombres como él.

—No lo vi venir —continuó—, pensé que era feliz a mi lado. Que envejeceríamos juntos.

La madre no supo qué contestarle.

Cuando su hija se embarcó en una aventura amorosa con el hombre más mujeriego de la ciudad, supo que esa relación no tendría un final feliz. Y no solo por la diferencia de edad entre ambos, sino porque él llevaba a sus espaldas cuando conoció a su hija una larga lista de matrimonios, y de aventuras extramatrimoniales que habían propiciado sus tres rupturas más sonadas. Kevin Redford era el típico magnate que deslumbraba no solo por la cantidad de dinero que tenía, sino porque sabía cómo atraer a una mujer joven e incauta como su hija.

—Me alegro de que no hayas sido su cuarto divorcio.

—¡Mamá! —exclamó la hija llorosa.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó.

—Luchar por recuperar lo que me pertenece.

Paz comenzó entonces una serie de insultos en español que no fue capaz de seguir su hija aunque lo intentó.

Paz Silva era hija de refugiados españoles. Republicanos que huyeron de España cuando estalló la Guerra Civil. Que su padre fuera ingeniero a punto de ser contratado por una empresa estadounidense, había propiciado que los dos pudieran salir de España y refugiarse en el continente americano. Paz había nacido y estudiado en Nueva York, y se casó con un californiano de San Diego que conoció en sus años de universidad. Se enamoraron mientras estudiaban, y se casaron poco después de terminar ella la carrera. Paz nunca había visitado España pues sus padres no quisieron regresar. Habían construido su mundo en América y aquí deseaban ser enterrados.

—Por tu aspecto veo que no has comido nada —la recriminó aunque de forma cariñosa.

—No me entra ni el aire —respondió en un susurro.

A Paz le molestaba el férreo control que ejercía su hija con los alimentos para mantenerse en una talla cero. Siempre había sido una niña bien alimentada y que disfrutaba de la comida, hasta que se cruzó en su vida el nutricionista que habían contratado para que llevara una sección determinada en la revista. Alice comenzó a tomar nota y aplicarse cada consejo y sugerencia que el nutricionista elaboraba para ella en exclusiva. Lo seguía hasta el punto de la tiranía. Alice no tenía ni un gramo de grasa en su cuerpo, y buena falta le hacía porque el nutricionista era experto en alimentar a hombres pero a la vista estaba de que no tenía ni idea de mujeres y sus necesidades alimentarias.

—Encargaré un poco de comida china —Paz tomó el teléfono e hizo el encargo.

Alice no protestó pues no pensaba comer. Estaba convencida que cualquier cosa que se metiera en la boca, se le convertiría en serrín.

—Tenemos que hablar —le dijo la madre.

No quería preguntar, pero lo hizo.

—Sobre qué.

—Sobre tu intención de arrastrarte por todo Nueva York haciendo el ridículo para traer la atención del hombre que te ha abandonado por otra mujer. —La hija la miró seria y sin responder—. Me alegro de que haya sido él el que die-  
ra el paso para liberarte...

Alice volvió a estallar en llanto.

## CAPÍTULO 2

*Ciudad de París, julio de 2017*

El anciano lo miraba con un brillo de orgullo en los ojos. La mujer en cambio no podía ocultar las lágrimas. Los dos habían pasado varios meses sin verlo. Tenerlo de nuevo en casa era maravilloso.

—Entonces, ¿te vas a establecer finalmente en Madrid?

—Sí —respondió. La mujer terminó por llorar aunque lo hizo de forma discreta—. Quiero que os vengáis conmigo.

Christian Jenson miró a su único hijo con dicha desmedida. Había sido contratado un año antes como entrenador del mejor equipo de fútbol de Europa. El equipo donde querían jugar las estrellas de todo el mundo: portugueses, brasileños, argentinos, alemanes. Dirigir al varias veces campeón de Europa era el sueño de cualquier entrenador.

—He firmado por tres temporadas, y tengo carta blanca para fichar a los jugadores que estime necesario para reforzar el equipo.

Christian silbó asombrado.

—Estoy muy orgulloso de ti.

Y era cierto. Su hijo había debutado con la selección de Francia aún en edad escolar. Había ganado su primer campeonato europeo con solo dieciocho años. El Olympique Lyonnais lo había contratado con diecinueve años. Lamentablemente dos años después sufrió la terrible lesión que lo alejó del terreno de juego. Pero el muchacho no se dio por vencido. Compaginó su carrera universitaria con la deportiva pues estaba empeñado en convertirse en el mejor entrenador del mundo. El mismo día que cumplía los treinta y cinco años, el mejor equipo de Europa lo recibía en nómina.

—La liga española es muy dura —le dijo el padre.

—Que me lo digan a mí que lo he sufrido en carne propia la pasada temporada.

Había sido muy duro porque la competición española era la más competitiva del mundo. Pero él había hecho un buen trabajo en ese año, y el club quería que siguiera llevando al equipo blanco.

—Entendemos que quieras instalarte en la capital, hijo —dijo la madre realmente emocionada—, pero nuestro lugar está aquí.

Rubens Jenson miró a su madre de forma tierna. Tenía que convencerlos para que se marcharan con él. Ya había contratado una casa en la mejor zona residencial de la capital española. Había contratado personal de servicio, ahora solo tenía que convencerlos porque no podía dejarlos solos.

—Vamos a extrañarte —le dijo su padre—, pero tienes que mirar por tu futuro como lo hicimos tu madre y yo.

Christian Jensen, su padre, había sido un aclamado futbolista y entrenador. Su último equipo como jugador había sido el FC Lorient, y su último equipo como entrenador había sido el FC Girondins de Burdeos, de allí pasó a un equipo regional y se mantuvo en activo hasta que decidió colgar las botas. La ilusión de su vida habría sido entrenar al París Saint-Germain, pero no pudo cumplir su sueño. Lorient, su madre, había sido una respetada pintora. Se había quedado embarazada de él a los cuarenta años de edad, y después de sufrir tres abortos muy complicados que habían dejado su salud muy precaria.

—Nosotros no tenemos edad para instalarnos en otro país —le dijo cariñosa—. Estamos muy viejos y cansados.

—Y entendemos que no puedes estar viajando de Madrid a París cada fin de semana como hasta ahora —apuntó el padre sin dejar de sonreír.

Esa era la parte más dura para él porque al principio no le había importado, pero el trabajo se complicaba. Ya no solo era la liga española, sino las competiciones europeas que lo alejaban de Madrid y de París. Apenas podía encontrar un hueco o un momento para desplazarse a su hogar natal.

—Ya lo tengo todo preparado para que os instaléis conmigo —insistió—. Es una casa tranquila y tiene vigilancia las